FABIÁN CASAS



UNA SERIE DE RELATOS DESAFORTUNADOS

emecé

Una serie de relatos desafortunados

Fabián Casas

Una serie de relatos desafortunados

Índice de contenido

A modo de prólogo

Los arcontes

El resplandor

Bruxismo

El sudario

El principito

Apéndice a los relatos desafortunados

La limpieza

La cárcel

Puntos de referencia

Portada

Portadilla

Legales

Tabla de contenidos

Casas, Fabián
Una serie de relatos desafortunados / Fabián Casas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé Editores, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-04-4465-1

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A860

© 2020, 2025, Fabián Casas

Todos los derechos reservados

© 2025, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Emecé®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1.ª edición digital: junio de 2025
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-4465-1

Para Caaman, que en todo camino y
por nada está siempre conmigo.

A modo de prólogo

Cuando era joven fantaseaba con la idea de que para poder escribir tendría que mantenerme aislado, sin hijos ni obligaciones. Qué gracioso. Hoy, mientras escribo, tengo a mis espaldas a mi hijo Julián de cinco años jugando con unos dragones chinos que pelean con el Hombre Araña. Y mi hija Ana, de diez, se acerca a cada minuto para contarme escenas de un libro de Harry Potter que está leyendo en mi cuarto. Los hijos son una gran inspiración. Una de las cosas que me gusta hacer con ellos es ponerme en medio de los dos, en la cama grande, y ver juntos una película que hayan elegido. Cuando termina, organizamos un pequeño debate en pijamas, mientras afuera llueve muy despacio. Siempre les pregunto: «Y bien, ¿de qué trataba esta película?». Hace poco conseguimos ver *Una serie de eventos desafortunados*, que es una película que después dio origen a una serie de Netflix. Mis hijos habían visto todas las temporadas y se habían encariñado con esos actores, y les costaba aceptar a los de la película original, de la misma forma en que a veces rechazamos a las nuevas parejas de nuestros padres. Por mi parte, tanto la serie como la película me parecen muy buenas. La serie es más luminosa, la película más oscura. En la película, en un incendio que destruye la mansión familiar, mueren los padres de los niños Baudelaire: Violet, Klaus y Sunny. Mientras que en la serie los padres están vivos pero los chicos no lo saben. Prefiero la película. En esta actúa Jim Carrey, un intérprete extraordinario que al principio parece tener un brote psicótico, pero después se va acomodando hasta ser el plato fuerte del film. La historia es sencilla. Se quema la mansión Baudelaire, los niños quedan huérfanos y el empleado de banco que los tiene que dejar con un tutor (el señor

Poe) es de pocas luces y buen corazón. Una mezcla fatal, ya que los deja con un primo de los padres, el Conde Olaf —Jim Carrey— quien decide asesinar a los niños para cobrar la herencia. Pero como los Baudelaire son muy listos, logran una y otra vez hacer fracasar al Conde Olaf hasta que es detenido por la policía. Me gusta que los niños se llamen Baudelaire y que el encargado de protegerlos se llame Poe. Como sabemos, Charles Baudelaire leyó «El cuervo» de Edgar Alan Poe y quedó impactado, no tanto con el poema, sino con la parte en que Poe comentaba cómo había escrito el poema. Esta pasión por el comentario fue un virus que expandió Baudelaire en la literatura francesa e impregnó a Mallarmé y tuvo su punto culminante en Paul Valéry. A los franceses parece interesarles más el comentario sobre el poema —la especulación— que el poema en sí. Cuando la película está terminando, los niños Baudelaire pasan por su antigua casa y encuentran una carta que los padres les habían mandado desde uno de sus numerosos viajes (parece que eran ese tipo de padres abandónicos), donde les dicen que se cuiden mucho. Les dije a mis hijos que para mí la película trataba sobre la importancia de que los hermanos estén siempre muy unidos para enfrentar las adversidades porque a veces los padres no están bien de la cabeza.

¿Qué tiene que ver todo esto con los relatos que vienen después de este prólogo? En principio, que me gustó tomar prestado el título de la saga de los Baudelaire para agrupar estos textos que escribí a lo largo de muchos años y que nunca publiqué en libros. Son relatos que, por algún motivo, no funcaron. Tengo la mala costumbre de no fechar lo que escribo, con lo cual me veo obligado a conjeturar cuándo los habré escrito, tratando de recuperar escenas, sensaciones, pero con gran margen de error. Igual, ¿qué importa? Estaban en una carpeta, impresos, pero no guardados en ninguna de las dos computadoras que tengo. ¿Dónde los tipié? ¿En la vieja Clasic II? ¿En la computadora prestada de Carolina Cosentino en la que escribí *Ocio*? Lo cierto es que los había olvidado hasta que, hace poco, el poeta Osvaldo Aguirre me contactó para decirme que la revista en la que trabaja buscaba cuentos para publicar. Lo que me ofrecía equivalía a dos expensas. Así que fui a la carpeta y pasé a la

computadora uno de los relatos. Y me quedé leyendo los otros. Es como encontrarse con viejos conocidos, esas amistades que ya no cuajan, a las que les dedicamos un saludo rápido en la calle o una charla cortés, depende cómo vengamos de ánimo. Todos hemos sido alguna vez para otros un relato extraviado.

Es curioso cómo llegan los libros a nuestra vida. Pienso en esas personas que son los «pasadores». Mi madre no sabía casi escribir y no leía nada. Pero era una persona muy inteligente y tenía una gran capacidad para narrar las historias de su vida y de las de sus innumerables hermanas. Su voz contando en la mesa familiar mientras almorzábamos, o por la noche, tirados en la cama matrimonial con mis hermanos, mientras ella se fumaba un Jockey Club, era la voz de lo que más tarde yo descubriría como literatura. Mi mamá tenía una amiga que se llamaba Elsa. Usaba anteojos, fumaba mucho y era gran lectora. Por eso creo que siempre asocié el acto de fumar con la lectura intensa. Son dos cosas que en mi imaginación siempre se hacen juntas. Fumar y leer, fumar y escribir. Elsa sabía que a mí me gustaba leer y me pasó dos libros: *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, de Jorge Asís, y *Trópico de Cáncer*, de Henry Miller. Yo estaba saliendo de la adolescencia. Al libro de Asís lo leí como se toma una Coca-Cola fría después de haber jugado un picado intenso con tus amigos en un día de calor. Dejé la botella tirada. Me encantó porque estaba escrito en «argentino». El de Henry Miller tenía algo especial que el otro no tenía. Era algo que me costó identificar. Tenía poesía. Sé de memoria el comienzo de esa novela. Cuando tiempo después me fui de viaje por dos años para recorrer América con mis compañeros de Filosofía, empecé a escribir una novela en el tono de *Trópico de Cáncer*. Supongo que debía ser una catástrofe. Se llamaba *Espartaco* y se las leía a mis compañeros de viaje, quienes me alentaban a seguir escribiendo. Gracias por eso, amigos. Uno tendría que tener siempre cuatro o cinco personas que crean que somos geniales.

Bien, pasemos a los relatos encontrados en mi carpeta.

El primero de los relatos, «Los arcontes» (nombre que viene de la simbología gnóstica) debe haber sido escrito a fines de los noventa, mientras estaba trabajando en el libro de poemas *Oda*. Lo

sé porque, casi sobre el final del texto, el personaje cree ver una peluca en un camino de tierra y en realidad es un gallo muerto, algo que aparece también en un poema de *Oda*. Era una época mala. Tenía depresión y me habían prestado una casa en el campo, y había decidido estar ahí solo para vivir lo que José Villa llamó «la prueba de soledad en el paisaje». Si alguien que está leyendo esto cree estar bajo una depresión, le aconsejo no hacer nada parecido. Va a salir mal. En esa época descubrí mediante el análisis jungiano cierta religiosidad que estaba en mí y que yo mantenía a raya. Dejarla salir fue mi salvación. Pero no sé si se salvó al relato. Creo que «Los arcontes» está influenciado por la teoría de la sincronicidad de Jung, que explica que determinados hechos aislados se encuentran de pronto debajo de una «casualidad significativa». Por el tipo de comienzo del cuento, sé que le intento robar a Antonio di Benedetto. El final me es absolutamente críptico. Voy a esperar a que mis hijos crezcan para que puedan leerlo y debatirlo conmigo.

Una vez me preguntaron si publicaría algo que pudiera ofender a un ser querido. El segundo relato, «El resplandor», es la respuesta. No lo publiqué dentro del volumen de *Los Lemmings* porque mi pareja de ese momento estaba involucrada en la historia y un día, enojada, me lo borró de la computadora. De alguna manera yo ya había hecho una copia y esa fue la que tipié ahora. Otra enseñanza: si no querés ir a un casamiento, no vayas, pero si vas, portate bien y hacete responsable de que quisiste ir. No la pudras. Algo de lo que me cae mal del narrador es que se considera por encima de la gente con la que está. Y el relato es una venganza contra la novia que lo lleva. La famosa cantinela de los celos por el pasado del otro. Este relato quedó guardado mucho tiempo en mi cabeza y usé su estructura para un capítulo de *Titanes del coco*, pero ya sin la petulancia del narrador. La literatura es un terreno inestable y no hay reglas definitivas a la hora de escribir, pero dejar macerar un cuento hasta que lo personal se diluya, puede ser una buena estrategia.

Siempre quise escribir relatos. Me gustaba probar la respiración de la prosa. A veces simplemente me planteaba un esquema que funcionaba como consigna de taller literario: escribir un relato donde

se narre los cuatro novios de la madre de un chico y cómo lo afectaron en su vida. En «Bruxismo» hay algo de eso. Mis amigos más íntimos habían empezado a tener hijos y parecían estar ingresando a una especie de locura atávica. Decidí narrar la amistad de dos amigos —uno con hijos, el otro sin— y la forma en que les podía cambiar la vida. El relato es demasiado esquemático y creo que le intenté robar a Raymond Carver.

«El sudario» es el texto que le di a Osvaldo Aguirre y que motorizó este libro. Lo debo haber escrito después de los cuentos de *Los Lemmings y otros* y es el intento de narrar a Picasso, un personaje de la novelita llamada *Ocio*. Picasso era un amigo que tuve en el Parque Centenario cuando yo trabajaba ahí en un puesto de artesanías. Le decían Picasso no porque le gustara la pintura sino porque durante muchos años había sido afecto al pico, a picarse cualquier droga. Cuando yo lo conocí ya había logrado zafarse. Usé su sobrenombre y lo metí en *Ocio*. Pero en la novela no lo desarrollé mucho y funciona más bien como contrapeso de los demás personajes. En realidad no fue una elección, no podía manejar muchos personajes a la vez, no sabía cómo hacerlo. A veces pasa que un personaje empieza a ocupar un lugar en nuestra cabeza de manera constante. El Sereno, de *Titanes del coco*, está en Marte, y cada dos por tres me manda mensajes telepáticos desde ese planeta rojo e inhóspito. En «El sudario», creo que intento robarle a Juan José Saer la operación mental del relato «Discusión sobre el término zona». Siempre es mejor robar la operación mental que la retórica del escritor admirado. La retórica, en Saer, sería llenar un relato de comas; la operación mental es algo más sofisticado. Lean los dos cuentos y vean. Lean todo Saer, es un escritor descomunal.

Como les dije más arriba, a los veintiuno me fui de viaje por dos años. Recorrí todo el norte argentino y buena parte de América y fui muy feliz. Cuando estaba en Humahuaca conocí a un escritor que me prestó su casa para vivir. Su hija tenía un nenito de unos siete años, con cierta hidrocefalia, y un carácter especial. Era hermoso, rubiecito y parecía tener un alma vieja y noble. Nunca me olvidé de él. Y a lo largo de los años pasó bocetado de cuaderno en cuaderno. «El principito» es un relato que quedó afuera de *Titanes del Coco,*

inspirado en su memoria. Creo que en la forma de narrarlo, traté de robarle a William Faulkner lo que hace en el capítulo uno, fechado como siete de abril, en *El sonido y la furia*. He leído ese capítulo de Faulkner mil veces sin entenderlo nunca del todo y siempre me produce una tremenda emoción. Como ven, «entender» no es algo importante para que la poesía te llegue. Por otra parte, siete de abril es el día de mi cumpleaños. Como una vez me dijo Saer: «¿Para qué vas a robar un quiosco, si podés robar un banco?».

Fabián Casas

Los arcontes

Le habían prestado una casa en el medio del campo. Una casa chica, de madera, que tenía una cocinita y un cuarto para dormir, con dos catres. Afuera, en la galería, había una bicicleta. Y en los fondos, un aljibe viejo y un caballo que pastaba dentro de un perímetro alambrado. El caballo era gris durante el día y muy blanco por la noche, como si tuviera la cualidad de absorber la luz lunar.

Se había llevado libros y había comprado comida para cocinarse. Quería estar solo. El primer día se cocinó un guiso que le pareció riquísimo. Después se armó un cigarrillo y se sentó debajo de la galería, con una jarra de agua. Era verano y el calor sitiaba a las cosas en las sombras. Se puso a leer. Cuando, como siempre, le empezó a doler la vista, se calzó una malla y empezó a hacer ejercicios. Quería cansarse. Al oscurecer, sacó afuera el sol de noche y se quedó mirando cómo todos los bichos del campo —de tamaños y colores increíbles— emergían de la oscuridad para orbitar el farol a querosén. Le pareció que ese pequeño artefacto era para ellos un club nocturno donde podían reunirse. La idea lo hizo sonreír.

Fue a la cocina, cortó otro pedazo de marihuana, lo desmenuzó con las manos y se armó otro cigarro. Sentado en el piso, al lado del sol de noche, lo fumó lentamente. Amigos, les dijo a los insectos, estoy muy cansado. Cuando sintió que los músculos le pesaban y que respiraba agitado, se paró y caminó hacia el fondo de la casa, donde estaba el caballo. El animal brillaba, imperturbable. Volvió a la casa, se desnudó y se tiró sobre el catre. Entonces sintió unos ruidos minúsculos, extraños y persistentes. Era como si lloviera adentro de la casa o como si alguien estuviera friendo algo en un lugar remoto, pensó. Hombre de ciudad, no sabía que ese ruido incansable lo

producían los bichos taladro que se comían la madera. En algún momento se durmió.

Pasaban los días iguales, con las rutinas bien aceitadas. Pasaban las hojas de los libros y se achicaba el pedazo de marihuana que conservaba en el cajón de las verduras de la heladera. El verano tenía su calefacción al máximo y el campo estaba a punto de cocción.

Una de esas tardes, después de los ejercicios y mientras se reponía tirándose agua en la cara debajo de la galería, apareció el hombrecito rubio. Estaba sobre el camino que daba a la ruta, aplaudiendo para hacerse oír. El hombre se acercó lentamente, descalzo, poniendo cuidado en dónde pisaba. «Vengo a cuidar al caballo», le gritó. Tenía una camisa blanca, muy grande, gastada, y unos vaqueros viejísimos. Era un niño descalzo. Cuando le prestaron la casa no le habían inventariado a un cuidador de caballos. Pero no le importó. Lo hizo pasar y comprobó rápidamente que el animal y el chico tenían intimidad. Así que empezó a compartir las tardes con el hombrecito quien, poco a poco, le fue restando tiempo al cuidado del caballo para tirarse junto a él, sobre la galería. Él le contó retazos de su vida, el chico le dijo que se llamaba Dardo. ¿Iba a la escuela? No, no iba. ¿Tenía hermanos? No, no tenía. Pero tenía un amigo, un poco más grande, que le había enseñado a cuidar a los caballos. El Gaucho, como lo llamaba el hombrecito, vivía muy cerca y se ganaba la vida amansándolos.

Una mañana, especialmente luminosa, se aparecieron los dos. El Gaucho también era un niño, de unos 16 años, y como estaba vestido con el atuendo típico de los hombres de campo parecía un gaucho en miniatura, podría estar tranquilamente adentro de un pisapapeles en una tienda de regalos campestres.

Al principio, el Gaucho no hablaba mucho, como si lo estuviera midiendo al hombre. Pero lentamente se dejó seducir. Terminaron almorzando los tres juntos y una tarde planearon una cabalgata hasta una laguna cercana. Ese día los vio llegar al atardecer, cabalgando con un animal marrón para él. Cuando el hombre lo montó rápidamente, el Gaucho dijo: «¡Qué juventud!». Y después salieron, siguiendo la ruta asfaltada.

Al hombre, el Gaucho le parecía una maquinaria sólida, eterna, sin fines de lucro. Esto lo fascinaba. Y esa tarde, cuando volvían de la laguna, bajo una lluvia finita, les preguntó a los chicos si alguna vez habían pensado en la muerte. Él, les dijo, había venido al campo para tranquilizarse y ver si podía dejar de pensar en ella. Les podía haber hablado de los cócteles de pastillas y del insomnio, pero no le pareció que eso tuviera utilidad. «Cuando la Doña me tenga que agarrar, me va a agarrar. No hay mucho que yo pueda hacer. Así que mejor me ocupo de otras cosas», dijo, muy tranquilo, el Gaucho. Dardo pensó un poco y dijo: «Yo voy a ser siempre como hoy, aunque una vez soñé que era muy viejo y volaba sobre las casas». Avanzaban, uno al lado del otro, sólo rompiendo filas para dejar pasar algún vehículo. Se oía el viento, poderoso, agitando los árboles. Y la percusión de los cascos de los animales. El hombre pasó la mano por el lomo de su caballo y la sacó húmeda de transpiración. «¿Y si se te muere un caballo?», se encontró, de golpe, preguntándole al Gaucho. El chico dudó antes de contestar. Algo se le atascaba. «Si se me muere un caballo me sentiría muy mal», dijo. Y ya no hablaron hasta que llegaron a la casa. Entonces llovía fuerte y Dardo decidió quedarse a dormir en uno de los catres para ir juntos, al otro día, a buscar al Gaucho a su rancho. Querían ver una doma que hacían en el pueblo. «Y vas a conocer a todos los caballos que tiene este», le dijo el hombrecito después de que se despidieran del Gaucho.

Esa noche cocinaron un guiso y se preocuparon por cerrar todas las ventanas, ya que la lluvia golpeaba fuerte. El chico se acostó en el catre que estaba —en forma de ele— a los pies del catre del hombre. De golpe, la tormenta dejó de existir. Y la calma ganó la oscuridad del campo. El hombre fue hasta la heladera, sacó un pedazo de hierba y se armó un cigarro bien grueso. Lo fumó a oscuras, en la galería. Estaba fresco y podía sentir al humo llegando hasta su estómago. Un nadador que se sumerge en picada, toca fondo y sube velozmente. Después entró, apagó la luz y se acostó.

Lo primero que sintió fue un ruido de abejas alrededor de la cara. Se había puesto un panal de sombrero. Estaba dormido, sabía que estaba dormido, pero igual podía ver el corredor que daba a la

cocina. La puerta de la cocina era la puerta de entrada a la casa. Y ahí, algo que no podía visualizar, le pedía entrar. El hombre tuvo que luchar para no pararse y abrir la puerta. «Quiero que me des al chico», le decía la voz que hablaba con el ruido de las abejas. «¡No!», gritó el hombre y se encontró sentado en el catre, a oscuras. Estaba sudado como el caballo. De un salto prendió la luz y se acercó al otro catre. El hombrecito dormía profundamente, babeando la almohada. Fue a la cocina, tomó un vaso de agua y se volvió a acostar. Cuando amanecía, concilió el sueño. Hasta que Dardo lo despertó para que fuera a la doma. El hombre le dijo que no había podido dormir, que mejor fuera él con el Gaucho y que después lo pasaran a buscar para almorzar. Lo volvió a despertar Dardo. No sabía cuánto tiempo había pasado en ese puño cerrado. Le dolía la cabeza. El sol entraba por las ventanas. El hombrecito estaba sentado en frente, en el catre. «Al Gaucho se le murió anoche un caballo y no pudimos ir a la doma», le dijo. «¿De qué se le murió?», preguntó el hombre. «Así nomás», dijo el chico.

Se pegó una ducha fría y cocinó arroz y verduras. Comieron en silencio. «¿Qué se quedó haciendo el Gaucho?», preguntó. «Carneando al caballo», contestó el chico. «¿No va a venir después?». «No sé», contestó el chico. El hombre se armó un cigarro y se tiró en la galería a leer. Dardo se fue. Ni él ni el Gaucho aparecieron el resto de los días. El hombre se dijo: «Así como se fueron, así van a volver». Un día, regresando de una caminata por el medio del campo, cuando entró en el camino de tierra vio una peluca abandonada, cuando se acercó era un gallo muerto. Después se acabó la hierba, los libros y los días de campo y volvió a la ciudad.

Y se olvidó de los dos chicos hasta que una noche, tirado en la cama, en una película sobre la vida de Jesús, vio la escena en la que María Magdalena va a visitar la tumba de Cristo y dos labradores, que se le aparecen en el costado del camino, le dicen: «¿Por qué buscás entre los muertos al que está vivo?». La mujer, perturbada, corre hacia la tumba y encuentra que la piedra que la cerraba está abierta y que, por supuesto, el Mesías se las había tomado. De regreso, al costado del camino trata de buscar a los hombres que la

habían advertido y como único rastro ve sus herramientas de labrar. Objetos de la tierra que no sirven para las manos de los ángeles.

El resplandor

Cierta noche de verano decidí acompañar a mi mujer a un casamiento. El novio era un viejo amigo de ella al que ya no veía desde hacía tiempo, pero según me dijo mientras abría la tarjeta que nos invitaba, «había sido casi como un hermano». Mi mujer fue a un colegio, el Storni, al que entrabas de chiquita y salías para ir a la universidad. Si es que salías, ya que muchos de ellos volvían para dar clases o ser celadores. El colegio tenía un imán sobre las vidas de las personas, no las dejaba irse así nomás. De hecho, el novio ahora se estaba casando con la que había sido su profesora de italiano en el Storni. La novia era diez años mayor que él. Un buen argumento para una novela televisiva de la tarde.

La fiesta se realizaría en una casa antigua remodelada que antes había sido una curtiembre de los bisabuelos de mi mujer. (Mi mujer desciende, literalmente, de una familia patricia. He pasado días escuchando las anécdotas de esta descendencia. Lo que me divertía, sobre todo porque yo soy una persona que viene de la nada, que no tiene posibilidad de descender, sólo puedo ascender).

Ni bien llegamos, una joven vestida muy elegante nos condujo en medio de una multitud, hasta nuestra mesa. La número nueve. Creo que vale la pena perder un rato describiendo el lugar: estábamos debajo de una inmensa carpa, rodeados de mesas similares a la nuestra, en el corazón de un jardín inmenso y, a un costado, brillaba la luna sobre la superficie de una piscina. Tomando un camino de cemento, se podía llegar hasta la barra que ahora estaba llena de copas de vino y que más tarde exhibiría los postres. Detrás de esta barra, como un custodio de frac, se paraba un joven muy alto, con el pelo engominado, que me hizo recordar el look de los montos de los

setenta. A sus espaldas se abría una puerta por donde entraban y salían mozos y mozas que estaban preocupados por ejecutar a la perfección la primera parte del evento: saladitos y copas de precalentamiento. Noté que había una chica escultural, que llevaba un micrófono inalámbrico que se comunicaba con alguien, dando órdenes, como si fuera un set de televisión. Todo esto sucedía bajo inmensos focos de luz. Si uno quería salir de este resplandor, bastaba con caminar hasta el jardín y sentarse en uno de los bancos de plaza que estaban desperdigados en torno a la piscina. En un costado, contra un inmenso muro, dormía una cancha de tenis sin red.

Lo primero que quiero decir es que mi mujer es encantadora. Y que la amo. Tiene una belleza oriental que hace que a veces la confundan con una japonesa. Cuando nos sentamos en las mesas mi mujer empezó a presentarme a sus amigos de la infancia. Yo trataba de ser amable e intentaba un germen de conversación, pero rápidamente éramos interrumpidos por un nuevo amigo que se nos unía a la cadena y volvían las presentaciones como un búmeran. Era como estar nadando en un inmenso océano, quedarse quieto, flotar, para volver a retomar las brazadas. No se veía la costa. Encima yo estaba nadando con zapatos duros, negros. No tenía duda de que me iba a ahogar antes del carnaval carioca.

Tengo casi cuarenta años y a lo largo de mi vida debo haber ido a tres o cuatro casamientos. Recuerdo el primero. Mi hermano menor y yo, los dos vestidos con camisa blanca, moño, pantalones cortos de franela azul. Se casaba una prima nuestra con un hombre mayor, un inglés. Recuerdo lo que dice el enfermo de Kant: «El matrimonio es una forma de legislar el uso de los órganos sexuales de la pareja». Yo apenas puedo sacar en claro algunas descripciones útiles para un manual de antropología del futuro: los casamientos empiezan con tragos y saladitos, después se pasa a la mesa que te tocó en suerte, ahí se come una entrada, un segundo plato y los rigurosos postres. Después se hace un *impasse* para salir a bailar. Se abre con el vals, se pone música frenética, se corta para tomar café y más tragos y se termina con el denominado *carnaval carioca*. Es decir, música brasileña que generalmente se escenifica con gorras y

cornetas de plástico y papel picado. Cuando finalmente se corta la torta, la novia arroja un ramo por los aires y las mujeres de la fiesta —solteras— tratan de agarrarlo. La hembra que lo consigue está signada con la promesa de un futuro casamiento. También, sobre el final, ponen música y el novio se pone una corbata de vincha y los amigos lo alzan para arrojarlo por los aires. (Una vez fui a un casamiento donde el novio casi no tenía amigos y el hermano reclutaba gente por las mesas para conseguir que se lo alzara). Todo esto lo puedo afirmar porque lo vi con mis propios ojos.

En los *tours*, uno padece las amistades en cautiverio. Hablamos y tratamos de ser corteses y hasta establecemos ciertos vínculos con personas a las que jamás, en otras circunstancias, les hubiéramos dirigido la palabra. Una mesa de casamiento es algo parecido, aunque en menor escala. La mesa nueve estaba ocupada por las siguientes personas: un macho y una hembra, que denominaré matrimonio uno; otro macho y hembra, al que denominaré matrimonio dos, y otra pareja de mamíferos, que serán el tres. La cuarta pareja de bípedos éramos mi mujer y yo y, sentada a mi lado, estaba una joven que no tenía mesa fija, que era invitada de la novia y que, al igual que yo, no conocía a nadie. Éramos, en cierto sentido: refugiados. Bien, ¡qué empiece la función!

«¡Quiero más cerveza!», grita el macho del matrimonio uno. Los tres machos ya vienen entonaditos y su primera preocupación era la de tomarse todo antes de la llegada del primer plato. Para eso, le pasaron unos pesos a una de las mozas. El macho uno es rubio, musculoso, con corte taza. Tiene la corbata ladeada, me guiña el ojo mientras se sirve más y más. Después se para y nos pide que nos paremos todos para brindar por alguien. Lo hacemos. Quiere que nuestra mesa sobresalga por encima de todas las otras. Este brindis lo repite cuatro o cinco veces hasta que llega finalmente el primer plato de comida. Pienso si hubiera una guerra y me tocara estar al lado suyo en la trinchera. Pienso si él estuviera en el bando enemigo. Pienso si él fuera mi capitán. Pienso si yo fuera su jefe en una oficina de venta de rulemanes. La cosa es que comemos el primer plato, algo sofisticado, poco y con gusto a cartón. Ahora el macho —ya alfa— agarra de nuevo los cubiertos y empieza a hacer

percusión en la mesa y canta: «Ta que arde / la nueve / ta que arde». Los dos machos de al lado lo miran y llegan a la conclusión de que eso está bueno. Y los tres le están pegando ahora a la mesa y cantando lo mismo. Recuerdo ese momento en que Michael Corleone se levanta de la mesa en la que está comiendo con el jefe de Policía, y va hasta el baño donde le dejaron escondido un revolver y lo agarra, vuelve, y les pega seis tiros al cana y al mafioso que se oponían a su padre. Le digo a mi mujer, en voz baja, que voy al baño.

A medida que me interno en el jardín, el griterío y la percusión de los cubiertos se hace lejana. Llego a la barra donde está el Monto de frac y le pregunto por el baño. Hay que cruzar la pista de baile y es la primera puerta a la izquierda. Tarda en salir, pero sale. Me prendo un cigarrillo y me paro frente a la barra del Monto. Le digo que me tocó una mesa de idiotas y que quería saber cuánto podía durar toda la comida. El Monto me mira sonriendo —no sabe si tiene que entrar en confianza— y me dice que falta un plato salado, los postres y que después ya empieza el baile. Le pregunto si siempre trabaja en este lugar. «A veces, cuando hago una suplencia», dice, dudando. Le pregunto si termina muy tarde. Me dice, ya más suelto, que a veces termina tardísimo. Y agrega: «Espero que este termine rápido». Se descruza de brazos y me sonríe. Pienso que la gente que trabaja en los casamientos o las fiestas es, en un sentido, igual a la que trabaja en los velatorios y los entierros. «¿Querés un whisky?», me dice el Monto. «Sí», le digo. Siento que los zapatos me aprietan. El mozo me sirve un vaso de Jack Daniel's. Después me dice que es de Junín. Que le dicen Loli. Que estudia medicina y que los padres le mandan plata, pero que se la tiene que rebuscar con otras cosas. «Mañana —dice— cuido a una viejita. Le tomo la presión, le cambio los pañales, la cambio. Es una vieja de ochenta años que está hecha mierda. Por intermedio de una tía me presentaron a los hijos de ella. Uno de los hijos es Grabia, el que juega en la primera de Ferro, el delantero», me remarca viendo que yo hago agua con el nombre del jugador. Nos quedamos en silencio. Tomo dos o tres tragos. Detrás del Monto empiezan a salir camareras con los segundos platos. Le digo que hay que tener huevos para cambiarle los pañales a una

vieja. Me dice que uno se acostumbra a esas cosas. Que en las clases de medicina estudiaban con pedazos de cadáveres en formol. Cuerpos de gente que nadie había reclamado. Me dice esto mientras acomoda unas botellas de vino. Me pregunta qué hago yo. Pienso en dos o tres profesiones. «Soy terapeuta», le digo. «Bueno… para eso también…» empieza a decir, cuando detrás suyo, como un resorte salta una camarera pelirroja. «Loli, te busca Harrington», dice. Loli me mira, me sonríe y se mete en la cocina. Mi único amigo se acaba de ir. Tengo que volver a la mesa nueve. Espero que los machos estén haciendo algo imprevisto, no siempre lo mismo, algo de qué agarrarlos porque los personajes estables no sirven para las buenas historias.

Los percusionistas comen el segundo plato. Mi mujer me pregunta dónde me había metido. Pero cuando le estoy por contestar el macho dos le saca el tema de un amigo en común que ahora está en España y que por alguna razón no ha venido a la boda, aunque, remarca el macho tres, había prometido hacerlo. Mi mujer me agarra la mano —para mostrar que le importo, que está conmigo— y empieza a conjeturar los motivos por el cual ese buen muchacho no está entre nosotros. Empiezo a comer. Cuando giro la cabeza hacia la derecha, la chica que no conocía a nadie me está mirando. «Vos no fuiste al colegio con ellos, ¿no?», me dice. Es delgadísima y tiene un ligero estrabismo. Lleva un vestido largo, ajustado. Las uñas de las manos, con las cuales despedaza migas de pan de manera nerviosa, están pintadas de rojo. «No», le digo. «Yo soy amiga de la novia», me dice. «Ella me había puesto en otra mesa pero bueno, no encontré esa ubicación. Lo que pasa es que me separé hace tres meses y Martina me dijo que me iba a poner en la mesa con varios hombres solteros. Para ver si pescaba algo. Qué tonta, ¿no?». Se mete un pedazo de carne en la boca, lo come lentamente. A su lado, el macho uno se saca la corbata y se la pone de vincha en la cabeza. «¿Vos qué haces?», me dice la chica estrábica. «¿Qué hago acá?», le pregunto. No, no, quiere saber de qué trabajo. Pienso en dos o tres profesiones. «Soy periodista», le digo. Unos brazos que salieron de atrás nuestro sacan los platos. Ahora falta el postre, la torta y chau. «Mi ex era fotógrafo», me dice.

«Se la pasaba trabajando. Un obsesivo del trabajo. Mirá que le dije que las cosas estaban mal. Hasta que un día me cansé y me fui de casa… Él pensó que era un capricho, pero se volvió loco cuando vio que no iba a volver. Las mujeres una vez que tomamos una decisión es definitiva. A la semana saqué todos los muebles. Le dejé sólo un puff». Se ve, mientras me lo cuenta, que lo disfruta. Las manos ahora ponen los postres. «Me siento bien sola —me dice— le estoy encontrando el gustito a esto». Hundo mi cuchara dividiendo la bocha de crema. Ella dice: «No creo que todos los hombres sean iguales». Pero ya no me mira, lo dice casi en voz baja. Entonces el DJ decide lanzar el vals y las mesas explotan y expulsan gente hacia la pista. Mi mujer me agarra de la mano y me saca a bailar. Me acuerdo de otra película, se llamaba *Fuga en cadenas*, era sobre presidiarios, uno negro y otro rubio, que escapaban con una cadena que los unía a lo largo de la película. La solían dar en *Sábados de Super Acción*. El vals es uno de los momentos clave de los casamientos. Basta con ver la cara iluminada de los invitados. Los cuatro whiskies que me dio el Monto con la panza casi vacía empiezan a hacer efecto en mi visión. Mi mujer está en éxtasis. Primero baila conmigo y después pasa de brazo en brazo hasta caer en los del novio. Yo me muevo despacio hacia atrás, tratando de salir del perímetro de la pista. Camino hacia atrás con notable pericia, tal vez debido al alcohol, y enseguida estoy en medio del patio y enciendo un cigarrillo. (Aunque debería decir que mi verdadera profesión es la de profesor de karate, tercer dan, y que practicamos caminar de espaldas todos los días en el dojo). Entonces veo que en un costado del jardín, por una puerta trasera que nadie podía ver, está el Monto que me hace señas. Cuando llego hasta él me hace gestos con la mano para que entre, entro. Es una cocina inmensa donde mujeres y hombres se mueven guardando y sacando cosas, hay un olor poderoso a comida que parece salir de una radio que emite una música chillona. El Monto me dice que lo siga, atravieso un vestíbulo donde hay una cabina con un teléfono antiguo y una mujer —de la fiesta— llora mientras la consuela otra mujer.

Ahora caminamos por un sendero que se aleja del maldito casamiento. Me hacen lugar en el círculo donde varios mozos y mozas descansan por turnos y fuman y le dan de comer a un animal que está parado en el centro del círculo que ellos forman. Tiene forma de perro, pero con alas, parece una foca con garras, con algo de gato, se mueve lentamente, los mozos le tiran comida y él la engulle rápidamente. Está sudando, una moza lo acaricia y parece entrar en éxtasis. Es un animal de la casa, me dice el Monto, siempre que venimos está acá atrás. «¿Qué es?», le pregunto. «No sé», me dice, «una vez le saqué una foto y se la llevé a un veterinario y me dijo que no sabía qué mierda era, que sacara bien la foto». Un mozo le apaga un pucho en la cabeza al animal y todos se enojan y lo empujan. El animal pega un chillido horrible. Siento ganas de llorar. De fondo se escucha la música del casamiento, la gente cantando a coro una canción. El hit de la temporada que asciende hacia la noche negra y estrellada.

Bruxismo

Nelson decía que Gary era su mejor amigo. Le encantaba decírselo a todo el mundo. Todo el mundo en esa época eran los compañeros de la secundaria donde cursaban, las chicas que conocían en los bailes, y amigos ocasionales del barrio. Nelson era un tipo frenético: nadie se podía ir a dormir hasta que él hubiera abandonado el barrio. Era el capitán de la selección de fútbol de la escuela, presidente del Centro de Estudiantes, el primero que había tenido sexo con su novia. Daba la impresión que al sacarse el preservativo, los padres la rompieron. Todos suponían que cuando llegara a grande iba a ser «alguien», que tenía un tipo de genio que estaba germinando y que, tarde o temprano, haría eclosión.

Cuando terminaron el secundario, Gary se anotó en la Facultad de Psicología y Nelson viajó a Brasil para armar cabañas en una playa alejada. Nadie lo volvió a ver. A veces, en alguna reunión de exalumnos se conjeturaba que Nelson, con su carácter decidido y su buena estrella, estaría por ser el primer presidente brasileño nacido en Argentina. Pero al rato todos olvidaban el tema.

Una tarde Gary estaba cerrando su portafolios en las escaleras de la facultad donde daba clases, cuando escuchó la voz de un tipo que le gritaba desde la ventanilla del auto: Nelson, veinte años después. Traje impecable, misma voz, misma cara, el tiempo no trabajaba sobre él. Sin embargo, le habían pasado cosas: había fundido el negocio de las cabañas. «Los brazucas son un bardo», dijo. También se había peleado a muerte con su primo, llegado al país sin un cobre y, lo más increíble, se había casado y tenido mellizas. Y ahora trabajaba en una empresa de informática de la que su suegro era el dueño. «El papá de mi mujer es jefe de millonarios», dijo y lo hizo

reír a Gary. Pero lo que le quedó dando vueltas en la cabeza a Gary, mucho más tarde, cuando trataba de dormirse, fue cuando le contó cómo había conocido a su esposa. «La vi un día en un bar al que voy siempre y conseguí que una amiga me pasara su teléfono. Yo vivía en un pozo en todo sentido —explicó— y no tenía teléfono. Así que fui al almacén de la esquina que tiene uno público de esos gordos naranjas, ¿los viste? Y la llamé. Me atendió su hermana y me dijo que ella no estaba. Le dije que estaba en un público y le pregunté si sabía a qué hora podría volver». Hizo silencio (Gary recordaba la voz de Nelson como con eco, tal vez porque se estaba quedando dormido). «Y después me dijo: "Mirá, debería estar ya acá, porque estamos por cenar". Entonces le dije que anotara un número», dijo Nelson, y le pasó el del teléfono público. Le dijo que se iba a quedar esperando 15 minutos a partir de ese momento. Después colgó y le avisó al dueño del almacén que esperaba un llamado. A los 8 minutos sonó el teléfono.

Cuando se despertó, Gary llamó a unos amigos en común y les avisó que había vuelto Nelson. Que estaba igual y tenía familia. Les dijo también que habían quedado en verse, lo iba a visitar. Nelson insistió en eso.

Diluvió, paró. Volvió a llover, pero muy finito. Gary cerró el paraguas y consultó la dirección que llevaba en un papel. Sí, era la casa blanca inmensa que tenía delante. Lo raro es que estaba a oscuras. Se alejó un poco. Echó una mirada al balcón donde se movían unas cortinas blancas. Parecía una casa vacía, como esas casitas que venden en los negocios playeros y que cambian de color según el clima. Se percató que la casa de al lado tenía luz y que las de la cuadra también tenían electricidad. Tocó el timbre. Una voz metálica le dijo: «Gary, ya bajo». Finalmente abrió la puerta un Nelson sin traje. Tenía una remera roja que decía Hering Brazil, en el medio. Zapatillas. Nelson se acercó y mientras le agarraba el paraguas le susurró: «Estamos en un momento delicado porque recién conseguimos que se duerman las nenas». Después le hizo señas para que lo siguiera por una escalera de mármol, que comunicaba con un breve recibidor y tras pasarlo, con el living, donde estaba la mesa servida de manera impecable. Había velas.

Nelson desapareció por un pasillo y volvió con una botella de vino. «Abrila», le dijo, pasándole un destapador sofisticado. «Ya vengo», dijo. De a poco los ojos de Gary se fueron acostumbrando a la semipenumbra de las velas. La casa era muy espaciosa, toda pintada de blanco. Dos o tres cuadros se esparcían por la pared. El destapador era como un pequeño inflador de bicicleta que se inyectaba en el corcho y que, por efecto del aire que propulsaba, lo abría. Gary recordó el carácter de Nelson. Se agarraba a piñas hasta en el cine, era el primer expulsado en los campeonatos de la escuela y sus romances terminaban en persecuciones policiales e intentos de suicidio. El destapador no encajaba con aquel Nelson.

«Ya viene Beba», dijo Nelson, emergiendo de la oscuridad del pasillo. Gary, cuyo cerebro profesional funcionaba aún sin que él lo supiera, pensó la palabra *forclusión*. Se sirvieron un poco de vino. «Podemos hablar más alto, ya se durmieron», dijo Nelson. A Gary le pareció que el vino era muy bueno. «Es muy bueno», dijo alzando la copa. Nelson hizo un gesto de asentimiento y agregó: «Este verano hice un curso de degustación de vinos. Fue bárbaro». Gary iba a contestar algo cuando notó que a su derecha estaba la mujer mirándolo callada. ¿Cuándo había entrado? «Gordito, ¿viste que cada vez nos cuesta más dormirlas? Debe ser porque las acostumbramos a dormirlas a upa nuestro. Ahora es imposible que lo hagan solas». Nelson dijo: «Puede ser, pero vamos a tener que acostumbrarlas porque nos van a volver locos». «Es tremendo», dijo la mujer, mirando a Gary, «fijate que son dos, dormís a una y se despierta la otra». Nelson explicó que estaban leyendo un libro que explicaba cómo dormir a los chicos. También dijo que en ese libro decían que las mellizas estaban en esa etapa en la que se separan simbólicamente de los padres, y sienten temor. Gary pensó que él también estaba en esa etapa, pero no le pareció que hubiera motivos para confesarse tan íntimamente con una mujer que no lo había saludado y un amigo que era sospechoso, como esos astronautas que vuelven del espacio y han sido sustituidos por un extraterrestre. La mujer siguió: «Lo que aconseja el libro es dejarlas llorar. Porque uno para que paren de llorar las alza. Pero en realidad el libro dice que hay que quedarse al lado, para que ellas no se

sientan solas, acariciarlas, pero dejarlas llorar hasta que se cansen… es una tortura. Anoche lloraron tres horas seguidas. En un momento no pude más y me encerré en el baño a llorar yo también…».

La mujer era morena, alta, como Nelson. Tenía una voz ronca, encantadora. Sus dos brazos, que estaban a la vista porque usaba un top azul, eran musculosos, de tenista. En el derecho, tenía tatuado un minúsculo caballito de mar. De golpe, ese brazo se extendió hacia Gary. «Perdoname, con esta locura de las nenas no te saludé. Soy Beba». Gary dijo «Gary», mientras se levantaba para darle la mano. «El mejor amigo de Nelson», dijo la voz ronca. Los tres sonrieron. Nelson le había contado a Beba que Gary era una persona muy introvertida. Era como el músico que toca de espaldas al público. Cuando entraban a una fiesta Gary siempre estaba de espaldas. «Le decíamos, por eso, el que acomoda la barrera». La mujer no entendió. «El que mira al arquero cuando están armando la barrera para saber dónde ponerse. Siempre está de espaldas al que tira». La mujer no logró armarse la idea ni la imagen, no le interesaba el fútbol.

Beba y Nelson fueron a la cocina y trajeron una bandeja con carne asada y papas. Y dos bowls con ensaladas verdes. Había también agua mineral y, sobre una tabla de madera, pan casero cortado en rebanadas. Después, como si fuera un partido de vóley, mientras comían, los dos amigos intercambiaron información sobre los años pasados sin verse, las anécdotas iban y venían por encima de la red imaginaria. Beba permaneció callada y comiendo. Lo hacía meticulosamente. Gary pensó que se podía estar aburriendo. Se lo preguntó, en una muestra de coraje. «Para nada», dijo ella. «Estaba pensando». Y agregó: «Me olvidé de poner el *baby call*». Se paró de un salto y dijo: «Ahora vuelvo». Gary pensó que en otra época hubiese sido bueno tener un *baby call* para ponerle a Nelson y que no se perdiera en sus viajes furtivos al fin de la noche. Pero en cambio, contó una anécdota que contaba siempre: la del matrimonio que se metía en la pieza donde estaban los nenes y se mataba a gritos y los que estaban en el otro cuarto, donde estaba el otro *baby call*, escuchaban todo. La mujer trajo el aparato y lo puso en la mesa. Se escuchaba como una radio fuera de frecuencia. «Voy a la

pieza de las chicas a probarlo, fíjense si se escucha algo», dijo. Cuando volvió, Nelson le dijo que se escuchaba perfecto. Lo cual le causó gracia a Gary porque no se había escuchado nada, algo de esa actitud lo reconcilió y pensó que tal vez no iba a ser una noche tan, para decirlo de alguna manera, «conservadora». La mujer pareció relajarse y se sentó. Nelson se paró, agarró los platos vacíos y preguntó si querían café. Cuando se quedó solo con Beba, Gary le preguntó cómo se llamaban las mellizas. «Guadalupe y Julieta», le dijo. Nelson sirvió el café y Beba le hizo señas de que no le sirviera. «¿No tomás?», le preguntó Gary. «No», le contestó. «Me estoy cayendo de sueño y si tomo café me despierto… Con Nelson nos turnamos para hacer guardias por si las mellizas se despiertan. Si nos alternamos, uno de los dos puede dormir algo. Como hoy venías vos yo me voy a dormir primero… si estamos los dos despiertos no nos sirve… ¿entendés?». Gary no había terminado de asentir cuando Beba dijo: «Encima el tiempo que duermo lo duermo mal». La frase quedó flotando. Ella siguió: «Tengo bruxismo. Cuando duermo aprieto los dientes y me los limo. Mirá». La mujer se paró. Fue hasta una mesa ratona que estaba en el living y trajo un estuche flúo, celeste. Lo abrió. Adentro había una dentadura de plástico. «Me pongo esto cuando duermo, para que no se me gasten los dientes». Gary sintió que eso debía ser incómodo, le preguntó si lo era. Beba le dijo que al principio sí. Tomaron café los hombres y Nelson trajo de la cocina uvas y whisky. Le preguntó a Gary, mientras se comía un racimo, si estaba jugando al fútbol. Gary le dijo que a veces. Nelson le dijo que le gustaría volver a trotar un poco. Le explicó que se aburría haciendo *footing*, que tenía que competir. Gary le preguntó si podía pasar al baño. Nelson le dijo que sí, que quedaba al final del pasillo que pasaba por la cocina. «Gary», dijo Beba. «¿Podés ponerte esos patines para no hacer ruido con los tacos?». Gary fue hasta donde estaban los patines de lana. Se paró encima de ellos y empezó a arrastrarlos lentamente. No se había dado cuenta, hasta ese momento, que la sensación de lentitud que sentía en la pareja, era porque estaban caminando sobre patines. Ahora, él también se movía despacio. Entró en el pasillo y vio a su izquierda fotos de la mujer casi desnuda, sólo con bombacha y con una panza

inmensa de embarazada. También vio una foto de Spinetta que no había visto nunca: estaba teñido de rubio, sentado, y sostenía una guitarra extraña. Gary pensó que esa foto sería de la mujer, porque a Nelson Spinetta le parecía malísimo. Cuando pasó cerca de la cocina, vio platos y vasos amontonados sobre la mesada de la pileta. Y se vio reflejado en el ventanal que daba, parecía, a un patio interno. Siguió moviéndose, sintiendo bajo los pies la lana acolchada de los patines. A la derecha había un corcho con un mural de fotos, pero no se paró a verlas. Y casi cuando estaba por llegar al baño se encontró con la puerta entornada de las mellizas. Unos animales amplificados corrían por las paredes por el efecto del velador encendido giratorio. Al lado de las cunas estaba el otro *baby call*. Gary se acercó para poder ver a las nenas. Se le aceleró el corazón. ¿Cuál sería Guadalupe? ¿Cuál Julieta? Una dormía tapada, boca abajo. La otra estaba casi contra el borde de la cuna, como si se hubiese dormido tratando de escapar. Estaba destapada. Una de las manitos sobresalía de la cuna. Gary la agarró con mucho cuidado y se la acomodó del lado de adentro. Entonces sintió que había alguien más en la pieza. Sintió, también, la vejiga llena, y, después, cuando giró, dos cachetazos violentos en la cara.

El sudario

Un hombre se acuesta. Está un poco enfermo y ni bien se duerme cae en un sueño pesado y profundo. La fiebre le pasa una película por la paleta de nervios. No son pesadillas, no exactamente. De golpe está caminando por lugares extraños. Hay alguien que lo acompaña, pero por más que se esfuerza no lo puede ver. Pero hay alguien que lo acompaña. A la mañana siguiente, después de levantarse, las sábanas tienen tatuada su transpiración. Lo que sigue es el racconto de este sudor, el intento de transcribir ese sudario.

Lo conocen como el Bar de Roberto. Un lugar pequeño, con mesas y sillas todas diferentes, puestas a la marchanta. Una barra larga, de madera oscura que se ha ido cuarteando con el tiempo y la humedad. El Bar de Roberto es un lugar húmedo. Como si estuviera cavado en las profundidades de la tierra, cerca de las napas de agua. Tiene largos estantes cerca del techo con botellas viejísimas que conservan dentro líquidos añejos de todo tipo de licores y bebidas blancas, líquidos que cada año, a cierta hora específica, como si se tratara de la sangre de San Genaro, se licúan solos, frente a la mirada escéptica de los parroquianos. Por la noche, se puede escuchar a tangueros del barrio cantando por monedas. Son cantantes muy viejos, perros cuzcos. Hay uno al que le dicen Jagger, por la manera esperpéntica en la que mueve los brazos acompañando las letras que saca de su boca como si fueran golpes de arte marcial.

Para la edad que tiene se la está arreglando bastante bien. Eso le gusta pensar. Es un día que amaneció negro y pesado, y que mutó en lluvia intensa. Globitos en la vereda, percusión hasta la madrugada. Ese día trabajó en el restaurant donde es adicionista

hasta las tres de la tarde. Por el agua intensa, no hubo mucho trabajo y se la pasó fumando en el patio interno que comunica la cocina con los baños. Sintió que se le había mojado un poco la punta de los zapatos. Chiqui, el cocinero, enano y gordo, le trajo un sándwich que dejó por la mitad. A veces tiene la sensación de ser como Kaspar Hauser. Es difícil de explicar. Un día alguien lo arrojó en la calle, él no conocía a nadie y nadie lo conocía a él. Esa es una buena manera de empezar una vida. Se siente en sintonía con ese muchacho. Pero se llama, en verdad, Claudio Arroyo, aunque todos le dicen Picasso; no porque tenga veleidades artísticas sino porque durante su adolescencia
fue un fanático del pico, de inyectarse de todo. Por eso, ahora, cuando se mira en el espejo, se ve bastante entero para lo que hizo. Hay también una estética en la destrucción. Recuerda haberse quedado toda una tarde mirando a unos obreros demoler una casa a martillazos, como hizo Nietzsche, el filósofo del libro que le prestó Andrés.

Cuando salió del restaurant, se puso el piloto. Ahora la llovizna era tenue pero persistente. La humedad en los pies le molestaba. Las medias mojadas. La media naranja. Pensó fugazmente en ella. Caminó las diez cuadras que separan el restaurant del bar de Roberto. Empapado, se sentó en la mesa que está entre la puerta y la barra, la mesa cero le dice Esteban, el hijo de Roberto. Pidió un café y un Fernando. Empezó a pensar en que casi no hay en las heladerías helado de pistacho. Siempre le gustó el helado de pistacho y, secretamente, piensa que esa elección habla bastante de su persona. No era común que un chico sintiera curiosidad por ese helado verde que solían tomar los grandes. Un día lo pidió y se salió para siempre del chocolate y la crema. Ahora hace un frío musculoso, un frío más metafísico que real. Sus pies están petrificados. Este frío, piensa, augura días oscuros, por dentro y por fuera. Pidió otro Fernet bien cargado. Esperando ese momento en que el alcohol denso empieza a trabajar en el cuerpo y uno se siente como Buda bajo el árbol de la iluminación. Y cuando ya estaba bastante iluminado vio entrar al bar a Sergio Narváez. Se fue directo a saludar a Esteban con un apretón de manos, a la vez que dejó

caer en la mesa cero un libro y una libreta negra. ¿Cómo se llama ese libro de Conrad? Él lo está viendo, pero yo no lo puedo recordar. Es un libro hermoso, con un personaje que se llama Hamilton y pasa algo raro, como sobrenatural. Bueno, ya vendrá a la mente. Ahora Sergio se sienta en la mesa. Esta increíblemente seco. «Qué buen libro», le dice Picasso. Sergio, como es su costumbre, tiene una teoría: «Tengo un amigo —dice— que suele acostarse con hombres de vez en cuando. Disfruta mucho esos momentos. A mí me pasa lo mismo con los libros de Conrad. Por eso trato de no leerlos todos de un tiro, los voy dejando para que me duren toda la vida». Sergio trabaja haciendo prensa en una editorial. A veces él mismo tienen que coordinar mesas redondas donde los escribas dan charlas y firman sus libros. «Toda esa retórica de la literatura —dice él— que es una mierda». A veces le toca algún escritor o escritora piola, pero son los menos. Por lo general no le gusta hablar de escritores. En cambio se apasiona cuando habla de libros. Hay muchos libros que Picasso, a través de sus relatos, tiene la impresión de haber leído. Como las *Sirenas de Titán*, de Vonnegut. Lo terminó una tarde de invierno, en el 160, sentado a la ventanilla en el penúltimo asiento individual. Cuando llegó a la parte final, esa en la que el personaje siente que arriba, en el cielo, debe haber alguien a quien le cae bien, se puso a llorar. La gente que estaba de pie, amontonada, esperando un asiento, o bajarse, o el fin del mundo, o la llegada de la felicidad, lo miró atónita. Sergio llamó a Picasso para contarle algo que lo estaba torturando íntimamente —así se expresó—. La noche anterior había sonado el teléfono en la casa donde viven Picasso, su padre y su hermana. En un cuarto duermen los dos hombres, en el otro Susana. El teléfono es un aparato cuadrado y viejo, naranja. Está arriba de la heladera, un lugar extraño porque ha venido juntando —el techo de la heladera— un montón de objetos que dan vueltas por la casa: un desodorante a bolita, un tenista de plástico captado justo en el momento de sacar, un estuche de lentes de Susana, una botellita enana de whisky, restos de una civilización doméstica. Pero si esta heladera y su vegetación estuvieran en el centro de un museo y tuviera un título, pongamos: Sudario, podría valer miles de pesos. De manera que Sergio está en la mesa frente a

Picasso, agarra la libretita negra y la frota en sus manos y le dice: «Escuchá bien lo que te voy a contar porque es absolutamente necesario que me des una mano, ¿entendés?».

El principito

Para Baltazar Vega, cuando pueda leerlo.

You only have to read the lines as scribbly black,
and everthing's shines!

«Matilda Mother», Syd Barrett

Primero hago el piso. Línea recta larga, larga. Hasta acá. Así. Así es. Esto es suelo. Donde piso yo, mamá, Sergio. Línea recta hacia allá. Listo. Ahora cielo. Grande, grande. Cielo azul, sin nubes. Cielo con sol. Hago casa. Mamá está en la casa. Sergio no. Mamá está sentada a la mesa dentro de la casa. Sergio no. Mamá camina por la casa. La casa es alta, muy alta. Como Sergio. No como yo. Mamá cocina en la cocina de la casa. Mamá lava los platos azules en la casa alta, muy alta. Mamá me quiere adentro de la casa alta. Sergio nos quiere adentro de la casa. Yo los quiero. Las ventanas de la casa están bien arriba, casi en el cielo. Arriba, muy alto. Lejos de la calle sucia. En la casa hay un recuadro. Lo hago. Así. Así. En ese recuadro vivo yo. Mamá viene todas las noches y me da un beso. Me tapa con la sábana. Todas las noches. Me duermo y mamá está ahí. Los dos estamos en el recuadro. Mamá tiene un recuadro igual donde vive con Sergio. Lo hago. Así. El recuadro está lleno de agua. Yo vivo en el agua también. Tenemos, cada uno, recuadros llenos de agua. Es para cuando la casa se caiga.

Atravesamos los largos pasillos con olor a pis. Ayer vinimos en colectivo, pero yo me sofoqué y empecé a vomitar. El colectivo

estaba lleno. Una mujer le decía a mamá pobrecito, pobrecito. Mamá no decía nada. Mamá parece enojada para los demás, pero para mí no se enoja. Yo quise sacar el boleto. Después me arrepentí y me quedé callado con la plata en la mano. El colectivero me miraba y me preguntaba qué quería. Mamá me sacó la plata de la mano y se la dio al colectivero. Mamá pagó, después me agarró de la mano y dijo: «Acá, Tuti», y me hizo un lugar a la ventanilla. Hacía frío y el colectivo estaba cerrado y empezó a subir gente y a moverse cada vez más y yo empecé a sentir la panza revuelta. «¿Qué pasa, Tuti, qué pasa?», decía mamá. Mamá tiene una voz gruesa. La tía Susana tiene una voz linda. El doctor Lavena tiene una voz increíble. A veces me da miedo, pero no le digo nada a mamá. Por eso hoy mamá le pidió a Sergio que nos trajera con el auto. El auto es grande, verde. Así. Tiene un piso con agujeros por donde Sergio saca sus pies para poder hacerlo avanzar. Así. Mamá vino a la pieza y me despertó. Me puso la ropa y me lavó la cara. Después yo solo fui a la cocina. Estaba Sergio en la luz. La taza humeaba. A veces, por las noches, Sergio me lee Bufalito. Bufalito es un vaquero muy lindo. Vive en el lejano Oeste. «Hola, Hombrecito», dice Sergio. Me levanta y me da un beso. Raspa. Huele a café. Mamá huele a jabón. Tomamos la leche. Mamá le pregunta a Sergio cosas de su trabajo. Si va a buscar a un hombre adonde salen y vienen los aviones, si lo va a acompañar a recorrer la ciudad. Sergio dice que el hombre es un bodrio. Me gusta esa palabra, le digo a Calaguali que la recuerde por si me la olvido. Tenemos una caja con palabras que fuimos recolectando con Calaguali: pecado, caniche, hortaliza, gusano, torre, corcel, sangre, luz negra, esperanza. Esperanza es una palabra pero también es una chica de la televisión.

Mamá se para. Parece siempre apurada. «Vení, Tuti», me dice. «Lavate los dientes». Pone un banco y me sube arriba. En el baño está la estufa eléctrica encendida. Me sofoco. Ganas de devolver todo. Pienso en Bufalito, en cómo se enfrenta a los peligros de vivir en el Oeste. Mamá me da agua y me dice que me enjuague. Ayer mordiste el tocadiscos otra vez, dice mamá. Te gusta la madera, ¿no? «La música me da ganas de morder», digo. «Tuti, no quiero que te rompas los dientes», dice mamá. Me pone la campera roja,

con capucha. «Hace frío, Sergio», dice. «Es invierno», dice Sergio. Sergio se pone el sobretodo azul que me gusta. A veces lo toco. El otro día me regaló una caja con terrones de azúcar de todos colores. «Escuchame, Sergio —le digo—, hoy me podés traer chocolate». «Lo que quieras, Hombrecito», dice Sergio mientras se adelanta y abre la puerta. Mamá grita desde el baño. «¿Pero cómo volvió al baño? Si estaba adelante». No entiendo qué grita, pero Sergio le dice sí, no te preocupes. «Escuchame, Sergio, vos vas a manejar, ¿no?», le digo. Salimos a la calle. Hay sol y ruido. Hay viento y frío. Hay olor a puré. Sergio me alza. «Escuchame, Sergio, quiero caminar», le digo. «No, Hombrecito, no hay tiempo», me dice. Abre la puerta verde. Adentro de la puerta hay asientos blancos y olor a limón. «Adelante no», dice Sergio. «Adelante va mamá», dice. «Escuchame, Sergio —le pregunto—, ¿nos vas a pasar a buscar después del hospital?». «No puedo, Hombrecito, tengo que trabajar». «Pero en el colectivo me sofoco y devuelvo», le digo, mientras siento un calor que me sube desde la panza. «Entonces se toman un taxi con mamá», dice Sergio. «Yo tengo que ir a buscar a un escritor al aeropuerto, donde vienen los aviones», dice Sergio. Me pongo a llorar. La voz de mamá en un costado de la cara. «¿Por qué llora?», dice. «Porque quiere que los pase a buscar cuando salgan del hospital», dice Sergio. «Basta, Antonio», me dice. Dejo de llorar. Sergio arranca el auto. Primero despacio, después cada vez más fuerte. Yo veo cómo mueve los pies y lo hace avanzar. «¿Qué dice el doctor Lavena?», dice Sergio. «Después hablamos», dice mamá. «Pero ¿sí o no?», dice Sergio. «Después hablamos», dice mamá. «Escuchame, mamá, el doctor Lavena sabe música», le digo. Mamá gira la cabeza. Mamá tiene una larga cabellera roja. «No sé, Tuti, pero le podemos preguntar», dice.

Mamá camina rápido. Me lleva alzado. «Escuchame, mamá —le digo—, dejame caminar a mí». «No», dice, «no quiero que llegues agitado al consultorio del doctor Lavena». Dice: «¿Te acordás cómo te agitaste ayer y vomitaste en el colectivo y después con el doctor? Fue una vergüenza». Dice: «Ya llegamos. Cada vez pesás más vos, eh». Pasillos largos con olor a pis. Mucha gente que se cruza entre nosotros. Ruido. Un motor funcionando en algún lado. «Escuchame,

mamá, ¿qué motor suena?», digo. «¿Motor?», pregunta mamá. «Yo no escucho ningún motor», dice. Siento la respiración de mamá en mi cara. El cuerpo de mamá, grande, fuerte. No raspa. Hay una puerta, adentro de la puerta hay mesas, sillas y más gente. Acá también hay un motor. La conocen a mamá. La saludan y me hacen un lugar. Mamá me deja sentado y se pone a hablar con una mujer que está sentada frente a una mesa. Salvo mamá, todos están sentados. «¡Mamá, mamá!», le grito. «Escuchame, mamá, sentate acá», le digo. «Están todos sentados», le digo. Siento de nuevo al calor que me sube desde la panza. Todos se ríen. Me agito. «Ya voy, Antonio, esperá que tengo que hablar con la señora», dice mamá. «Ya viene mami», me dice una viejita que está sentada al lado de otra viejita que está sentada al lado de una nena. «¿Cuántos años tenés, Antonio?», me pregunta la viejita. Le hago con las manos. «¿En serio? —dice la viejita—, entonces ya vas a la escuela primaria. ¿Te gusta la escuela?», dice la viejita. El calor sube y sube, está en la garganta. A Calaguali le pasa lo mismo, él me lo dijo. Y también, cuando duerme, le duele la cabeza. «No, Calaguali va», le digo. «¿Guali?», pregunta la viejita. «Calaguali», le repito. «¿Pero vos no vas?», pregunta la viejita. La viejita de al lado le dice algo al oído. «Bueno, bueno», dice la viejita. La nena me mira fijo. Me mira muy fijo. Tiene ojos negros y brillosos. Yo la miro, pero entonces vuelve mamá y me alza. «Vamos, Tuti». Mamá tiene olor a jabón y miel. Otra puerta más y adentro de la puerta está todo blanco y no hay sonido. Hay olor a algo. Me agito más. Mamá se va a enojar. Se va a enojar. Bufalito no tuvo miedo y domó el caballo del tío Billy, allá en el rancho de Yonapatagua. Pienso en eso y me doy fuerzas para no vomitar. Una pared muy blanca. No hay sonido. Y de golpe, de la pared, así, así, increíble, aparece el doctor Lavena. Es como un héroe, con el pelo negro brilloso peinado hacia atrás, el guardapolvo blanco. «Hola, Tuti», me dice. «Hoy estás más tranquilo», me dice. «Mirá lo que te traje», dice. Tiene la revista *Los titanes del coco* en colores, como la anuncian en la tele. «¿Qué se dice, Antonio?», dice mamá. Gracias. El doctor Lavena vuela por el consultorio propulsado por unas botas de las que sale fuego, como uno de los Titanes. Igualito. La alza a mamá en brazos y la deja sobre una silla. Me alza

en brazos y me pone sobre la camilla. «Tuti —dice—, sacate el pulovercito y la remera». Lo sé hacer. Despacio, despacio. El calor está bajando de la garganta al pecho. «Estas agitado», dice el doctor Lavena. El pelo es brilloso y huele a menta. «Escuchame, doctor —le digo—, no va doler, ¿no?». «No, Tuti, ¿cuándo te hice doler? Decime», dice el doctor Lavena. Sus manos están frías, me pone el aparato en la espalda y escucha. Después lo pone en el pecho. «Respirá», dice, «respirá hondo», dice. Después agarra otro aparato y lo pasa por mi cuello. Está frío. Le pregunta a mamá si me despierto irritable. «Irritable», le digo a Calaguali que guarde esa palabra. «A veces», dice mamá desde su silla. «¿Tiene dolores de cabeza?», pregunta el doctor Lavena. «Hace semanas que no tiene». «Acostate, Tuti», me dice. «No, así no, boca abajo», dice, boca abajo. La camilla tiene olor a menta. Me pone el aparato frío por la espalda. Hay un ruido como el del autito que me trajo Sergio. «Hay más inflamación», dice el doctor Lavena. No sé si me lo dice a mí o a mamá. Pero me quedo callado por las dudas. Después él y mamá pasan del otro lado de la tela que está pegada a la camilla. Hablan de algo, pero no los escucho bien porque hablan muy bajo, para que yo no los escuche. «Escuchame, mamá, ¿por qué hablan bajo?», les digo. «Antonio, estoy hablando cosas de grandes con el doctor Lavena», dice mamá. Detrás de la tela está la mesa donde se sienta el doctor Lavena, como la que tiene Sergio en su pieza y donde se sienta a leer y a trabajar en sus cuentas. A veces me despierto en medio de la noche y voy al baño y Sergio está con la luz prendida, la luz chiquita que yo también tengo en mi mesita de noche y a veces también mamá está despierta con él, dándole mates. Entonces yo les pregunto qué están haciendo y mamá dice: «Sergio está haciendo las cuentas». Y eso me da felicidad. Estamos los tres a salvo de los enemigos, en nuestro escondite, como el que tienen los Titanes del Coco, con el escudo de energía invisible activado y ningún enemigo puede entrar a la casa, aunque sea de noche. Ahora mamá sale de atrás de la tela y tiene los ojos rojos, como si hubiera estado llorando. Tendrían que ver a mamá llorando, es un espectáculo. La otra noche nos bañamos juntos ella y yo y de golpe se puso a llorar, y el agua enjabonada de la bañadera se puso

salada por las lágrimas de mamá. «Vamos, Antonio, ponete la ropa». Una vez Sergio me puso un pulóver sin nada abajo y tuve ronchas por todo el cuerpo, y picazón. «Bueno, nos vemos el viernes para los análisis de sangre», dice el doctor Lavena. Y mamá casi no le contesta, sólo le hace señas con la cabeza, como hace el pájaro de los dibujitos que sube y baja picoteando la madera, pero más lenta, mamá es más lenta.

Sergio me dijo ayer que después de la operación voy a poder ir al colegio como los demás chicos. Me preparo para cuando llegue ese momento. Salvo con mis primas, Mabel e Irene, no hablo con muchos chicos como yo. Pero los veo por la calle, los veo en la tele, somos casi parecidos. «Escuchame, Sergio, ¿la operación va a doler?», le pregunto. «Ni te vas a dar cuenta, Hombrecito», me dice. «Te duermen y cuando te despertás ya estás sano otra vez», dice. «Escuchame, Sergio, ¿el doctor Lavena me va a operar?», le pregunto. «Sí, el doctor Lavena, que te quiere mucho, te va a operar y además es muy bueno operando nenitos», me dice. La otra noche soñé con el doctor Lavena. Él y mamá iban caminando de la mano por el hospital. Se veían contentos. Pero esto no se lo cuento a Sergio. Hay cosas que pasan que no se las cuento a nadie. Bah, sólo las hablo con mi Calaguali.

La otra noche yo y mi Calaguali hicimos cosas raras, los dos nos bajamos los calzoncillos, nos pusimos de espaldas y nos frotamos las colas. Después me vino fiebre y mamá se enojó porque me vio agitado. Pero no le dije nada de Calaguali. Después de la operación, cuando tenga que ir al colegio como todo el mundo, un día de esos, le voy a contar de mi Calaguali.

Hígados y fideos. No me gusta. Pero mamá dice que tengo que ponerme fuerte. Mamá me corta el hígado. Lo corta en pedazos cuadrados, que vuelve a cortar hasta que son muy chiquitos. «Comé todo, Hombrecito», me dice. Mamá y Sergio comen hígado, pero con más salsa. «Escuchame, mamá, ¿no puedo comer lo mismo que ustedes?», le digo. «No, Tuti, porque la salsa tiene vino». «El vino no deja crecer a los chicos», dice Sergio. «No digas estupideces», le dice mamá. «Mi viejo me decía eso», dice Sergio. Después de comer, mamá me lleva al baño, pone el banco de madera y me hace subir

encima. Mi cabeza, grande, en el espejo. Mi mamá me mima y me besa mientras me hace lavar los dientes y las manos. «Quiero ver con ustedes», le digo. «Un rato —dice mamá—, y después te vas a dormir». Sergio está sentado en el sillón y ya prendió la tele. «Escuchame, Sergio, ¿después vas a hacer las cuentas?», le pregunto. «No, Hombrecito, hoy trabajé mucho y estoy cansado, después de la serie nos vamos todos a dormir». «Él no va a ver toda la serie completa porque siempre termina acostándose muy tarde», dice mamá, mientras trae almohadones para sentarse encima. Nunca le alcanzan los almohadones para sentarse encima. «Mamá manda», me dice Sergio mirándome fijo. «Ahí empieza —dice mamá —, callensé». Mamá, te quiero, no quiero que nunca te pase nada de nada. Cuando sea grande, mamá, voy a trabajar de actor en esta serie y vos vas a estar muy contenta de mí, mamá. «¡Otra vez Falconetti!», grita mamá. Cuando aparece en la serie Falconetti las cosas se ponen mal. A mí a veces me hace llorar y mamá se enoja por dejarme ver la serie. El hermano rico y el hermano pobre son separados desde muy chicos, como si ahora alguien me separara a mí y a mi Calaguali y nunca nos volviéramos a ver. O peor, nos volvemos a ver, pero no sabemos quiénes somos, no sabemos que una vez vivimos juntos y éramos hermanos. Y siempre está Falconetti siguiéndonos para lastimarnos. Falconetti es muy malo. Es, como dice la tía Susana, la piel de Judas.

Otra vez los ojos rojos de mamá. La tía Susana y ella estaban hablando en la cocina y cuando entré se quedaron calladas, las sorprendí. Falconetti anoche sorprendió al Hombre Pobre. Sergio me preguntó: «¿Pero cómo no se dio cuenta de que estaba Falconetti esperándolo?». Es verdad, yo también estuve pensando en eso.

«Antonio —dice mamá—, ¿querés que la tía Susi te lleve con el tío Carlos a la Costanera?». La tía Susana es la única persona —además de Sergio— con la que mamá me deja salir. «Sí —digo—, sí». «Bueno, vamos a vestirnos que hay sol», dice mamá. Porque después empieza a hacer frío temprano. El pulovercito, los vaqueros, como los de Bufalito, la campera roja con capucha. Mamá me ajusta la ropa, me la mete por adentro de los pantalones. «Las medias me pican», le digo. «Son ideas tuyas», me dice. «Me pican», le repito.

Me las saca y me pone otras. Estas son lindas y no pican. Estoy listo. Me siento en la cocina con mamá y la tía Susi. Al rato llega el tío Carlos. Soy feliz. La tía Susi es como las de la tele, con los pantalones azules, ajustados. El tío Carlos es grande, patilludo. Me gustan sus zapatos altos. El auto del tío Carlos huele a chocolate. La tía Susi lo abraza mientras él maneja. Él maneja igual que Sergio. Pero la tía Susi y el tío Carlos hablan más. Mamá y Sergio no hablan mucho mientras van en el auto. De a ratos, el tío Carlos se da vuelta y me dice: «Mirá, Antonio, qué lindo día». «Sí, sí», digo, y no paro de mirar a las personas, los colores de la calle, los chicos como yo, los colectivos, todo es maravilloso aunque empiezo a sentir calor en el estómago. Eso empieza a subir. Entonces el tío Carlos estaciona el auto en la Costanera y bajamos. Me compran nieve y nos sentamos en un banco. Hay un montón de gente alrededor nuestro. Y adelante, con solo saltar, está el río inmenso y marrón. El río inmenso y marrón. Cuando me doy vuelta para contarles que el río es inmenso y marrón la tía Susana se está besando con el tío Carlos. Le mete la boca en la boca, se enganchan. El otro día se besaban así en la tele. Me como la nieve. Un nenito pasa con un hombre grande. El hombre lleva una caña de pescar. Van de la mano. El nenito me mira fijo como si yo tuviera algo que fuera de él. O como si me conociera. Tal vez nos conocemos. Cómo sé si Calaguali no lo conoce a él también. Giro la cabeza, están todavía con la boca en la boca. La tía Susana está encima del tío Carlos. Hacen un ruido raro. Pongo la vista en el río que es inmenso y marrón. El sol está brillando poderoso sobre el río. El sol tiene rayos largos que giran a toda velocidad y producen un efecto extraño en los ojos. El río se vuelve azul, el río se vuelve azul. Me doy cuenta de que el río es en verdad el mar escondido. Me quedo mirando fijo cómo el mar y el sol se besan como mi tía Susana y mi tío Carlos. Ellos hacen ruido. De golpe mi tía Susi se acerca, dejando a mi tío Carlos agitado sobre el banco en el que estamos sentados. Mi tío Carlos respira agitado como lo hago yo algunas veces. En esos casos mamá me pregunta, nerviosa: «¿Estás agitado, estás agitado?». Mi tío Carlos es como un animalito vestido de hombre. «Antonio», dice Susi. «¿Qué?», le pregunto. «Se la volvió a encontrar», dice mi tía Susi. «¿A quién?»,

le digo. «A la eternidad», dice mi tía Susi, señalando el horizonte con el dedo. «Es el sol mezclado al mar», dice. Así que ella también sabe que el río es el mar cuando está escondido. Entonces mi tío Carlos me dice que volvamos al auto, que nos quiere llevar a un lugar encantado. Como los cuentos que me cuenta Sergio, pienso. Susi me alza y me pone en el asiento de atrás. Arrancamos. Vamos a un lugar encantado. Siento cosquillas en la barriga y en el pecho. Estamos a la par del río, que ahora, muy de a poco, vuelve a ser marrón. Y el tío Carlos está contento porque no para de cantar. Canta: tralalá, tralalá, la encontraron a la eternidad, es el sol mezclado al mar. Y Susi se da vuelta y me mira y los dos nos reímos. Entonces el auto entra por un camino extraño, con muchos árboles altísimos. Ya no hay río, sólo árboles altísimos que se cruzan uno detrás de otro. Veo animales desconocidos que se mueven en sus copas. Hasta que bajamos por una rampa y terminamos en una playa inmensa donde hay muchos autos. Y hay gente adentro de los autos. Están unos al lado de otros. No me di cuenta porque las copas de los árboles cubrían al sol, pero ahora es totalmente de noche. En los otros autos hay gente que mira hacia el resplandor. El resplandor está frente a nosotros, contra el cielo estrellado. «Este es un autocine al que a veces venía con mis papás», dice el tío Carlos. «¿Te gusta?», me pregunta. Le digo que sí con la cabeza. «Oscureció y está haciendo frío», dice Susi. «¿Por qué no volvemos, Carlos?». «Pará, pará», dice Carlos. «Demos una vuelta más», dice. Arrancamos. En un auto hay unos nenitos rubios, brillantes, contra el resplandor. Sus papás están al volante, también rubios. «Qué buena luna», dice Carlos. «Si quiero, apago las luces del auto, mirá», dice Carlos. «Pará —dice Susi—, manejá más despacio». Esquivamos a los demás autos y salimos de nuevo al camino de árboles. «Mirá, Antonio, allá, allá», me grita Carlos. No lo puedo creer. Un inmenso tobogán donde la gente sube por unas escaleras con mantas en las manos para después tirarse sentada encima de ellas. «Es el supertobogán», dice el tío Carlos. «Todavía está habilitado», dice. «Es como una montaña, tío», le digo. «Sí, yo venía seguido acá», dice. «Una vez se tiró un chico parado y se mató», me dice. «¡Carlos, no le cuentes esas cosas al chico!», le grita Susana

mientras le pega con el puño en el brazo. «Bueno, Tuti, la verdad no sé si eso no es un camelo, así que no me des bola», me dice. La gente se tira y brinca a medida que cabalgan las ondas del supertobogán. Como hace Bufalito con sus caballos. «Volvamos a casa que se hizo tarde y la mamá va a estar preocupada», dice Susi. «Carlos, volvamos a la casa que la mamá debe estar preocupada», le repite. «Después de la operación —les digo—, me voy a venir a tirar al supertobogán». «Claro, mi amor», me dice mi tía Susana. «Pero me voy a tirar parado y no me va a pasar nada», le digo. «No, parado no», dice Susana. Carlos se ríe. «¿Ves las ideas que le metés al chico?», le dice Susana. Pero Carlos no le contesta, tiene el auto parado con el motor en marcha, y mira cómo bajan y suben los chicos corcoveando en el supertobogán. «Es genial, es genial, es genial», dice mi tío Carlos.

«¿Supertobogán?», pregunta Calaguali.

«Sí», le digo. «Es genial».

Vengan a visitar la casa del tío Lito. Es una de mis salidas preferidas con mamá. Cada mucho, mucho tiempo, mamá me dice: «Preparate, Antonio, que vamos a la casa del tío Lito». Y Calaguali me dice: «Ojo, Antonio». Me da risa porque me dice: «Ojo, Antonio» y hace este gesto y me dice: «Ojo, Antonio, que en la casa del tío Lito está escondida La Yegua de la Noche». Lo dice así, con voz seria y a mí, cada vez que mi Calaguali pone esa voz, en vez de darme miedo me da risa. Y mamá me pregunta: «¿De qué te reís, Tuti?», pero yo no le cuento nada de mi Calaguali porque ella no está preparada para conocerlo. Tal vez después de la operación sí. Así que una tarde, después de comer, salimos para la casa del tío Lito con mi mochila a cuestas. Vamos en taxi. Sergio nunca nos lleva y mamá ya no quiere que suba al colectivo. «Cuando te pongas mejor, después de la operación, vamos a andar en colectivo y en subterráneo las veces que quieras». Nunca anduve en subterráneo, pero mamá y Sergio me contaron que es un tren que va por debajo de la tierra más rápido todavía de lo que se mueve Milman, uno de los Titanes del Coco. Eso es increíble. Porque Milman puede estar en muchos lados a la vez, superrápido, como cuando defendió él solo la Fortaleza de la Amistad de los ataques de los Hombres de Mármol.

Es increíble la historia de Milman. Un día lo descubrieron tirado en la calle y nadie sabía de dónde había venido ni dónde había estado, nadie lo conocía y él apenas podía hablar, a pesar de ser ya un hombre joven. Y la gente pensaba que lo habían tenido escondido o encerrado en algún lado. Y una tarde Milman descubre que, aunque no puede recordar de dónde viene, sí siente que tiene superpoderes. En realidad todos tenemos superpoderes, eso le digo siempre a mi Calaguali, pero es difícil darse cuenta. De Los Titanes del Coco, de sus vidas, hablo con el tío Lito cuando lo vamos a visitar. Y él hasta me regaló un video con las aventuras de ellos: los Titanes del Coco contra los Androides Paranoicos. El tío Lito es un hombre alto, grande, grande, con una barba espesa y blanca, como Papá Noel y se ve que la quiere mucho a mamá porque mamá también lo quiere mucho a él. Si alguien te quiere, vos lo querés. Es así. «Pero él me quiso primero», me dice siempre mamá cuando habla del tío Lito. Y eso es verdad porque el tío Lito nació antes que mamá y él la conoció cuando ella estaba trabajando en un negocio y para mamá el tío Lito es casi como su padre, ya que los padres de mamá están en el cielo.

La casa del tío Lito es inmensa, con muchos patios que suben y bajan y escaleras con un olor intenso, como a carbón. Y cuando vamos salen a recibirnos una multitud de gatos que el tío Lito tiene en la casa. Gatos de todos los colores y tamaños. Y a veces en el patio hay un olor horrible del pis de los gatos y de la caca de los gatos y mamá se enoja con el tío Lito porque tiene todo sucio. Mamá limpia la casa del tío Lito. Con agua y jabón, con baldes y con escobas, mamá limpia la casa del tío Lito. Se pone unas botas amarillas que no le mojan los pies y que hacen juego con el sol. Y después le prepara una palangana con agua caliente y sal para que el tío Lito se lave los pies. No porque los tiene sucios, me explica él, sino porque le gusta tener los pies en agua caliente y sal. «Toda la gente debería, Antonio, poner los pies un rato largo por día en agua caliente y sal. Porque en la planta de los pies está el secreto que nos hace funcionar. Y si la tenemos suave y cuidada, nos vamos a sentir mejor», me dice, cada vez que me le acerco cuando está con los

pies en la palangana y sale junto con el vapor ese olor tan lindo que es el olor del tío Lito.

Apéndice a los relatos desafortunados

En una de las últimas mudanzas que hice, apareció una copia del primer cuento que escribí. Se llama «La limpieza» y recuerdo que se lo mostré a Ricardo Zelarayán y sólo se limitó a gruñir. No le gustó. El segundo relato que encontré fue uno que escribí mientras estaba guionando junto a Luis Ortega y Rodolfo Palacios la película *El Jockey*. Creo que lo escribí para ver si podíamos salir de un atascamiento, algo que suele pasarle a los guionistas. Se llama «La cárcel» y está dedicado a ellos, con amor fraternal.

La limpieza

Las frazadas hasta el cuello. Estoy boca arriba, en la oscuridad. Siento el andar del reloj que está detrás mío, en la biblioteca. Estuve leyendo hasta tarde y ahora me duelen los ojos. Me acosté para intentar dormir una o dos horas, pero no pude. Ahora me arden los ojos y en un rato me voy a tener que levantar.

A través de la ventana de mi pieza veo que la oscuridad se continúa en el patio. De a ratos, ráfagas de viento golpean contra la puerta de calle.

La alarma del despertador: cinco de la mañana. Me quedo quieto, escuchando el sonido que ha empezado a invadir el cuarto. Cuando me canso, corro las frazadas y apago el reloj. Me siento en la cama. No pude dormir, pero tengo la sensación de estar despertándome. Bajo de la cama y siento el frío del piso en la planta de los pies. Salgo de la pieza, cruzo el patio y entro en el baño. Enciendo la luz e, inmediatamente, mi cara, hinchada, despeinada, se construye en el espejo del botiquín. Abro la ducha, me saco el pijama y espero, desnudo, que el agua que cae con violencia empiece a calentarse. Tengo la boca seca y el estómago vacío. El vapor que va cubriendo el baño tapa los vidrios con una película húmeda, borrosa.

El agua golpea sobre la cabeza y la espalda. Años atrás me duchaba en este mismo baño. Había vuelto de un viaje muy largo por América. Mi vieja me recibía llorando y yo me sentía feliz de estar otra vez en mi casa. Mi vieja y yo nunca llegamos a comprendernos. Durante todo mi viaje me había mandado cartas angustiosas en las cuales decía sentirse muy preocupada por mi suerte y me hablaba, también, de una enfermedad emocional que la

estaba afectando; cosa que a mí me sonó a chantaje. Repliqué entonces con cartas muy duras: «Voy a seguir a costa de cualquier cosa», escribí. Sin embargo, un día, de golpe, estaba de vuelta. Mis viejos me abrazaron y nos quedamos un rato juntos, en silencio. Después me saqué la ropa que había estado usando durante meses y me metí en la ducha. Estaba feliz porque pensaba que había logrado reposicionar la relación con mis viejos.

Agarro dos toallas y me seco. Vuelvo a mi pieza y me visto: camisa blanca, corbata azul, saco azul, pantalón gris, zapatos negros. En el espejo ancho y alto de la pieza parezco alguien que se va de viaje.

Mientras ojeo un diario del día anterior, tomo un café en la cocina. «Bobby Fisher vuelve a jugar», dice un título. Y debajo de este, una foto de un tipo gordo, pelado, con traje: Bobby Fisher.

El café estaba tibio. Saco las llaves y apago las luces. La cerradura cede, fácil, ante mi mano. En la calle no hay un alma. Cuando llego a la esquina el ciento doce viene avanzando hacia mí. Le hago señas, subo. Bajo después de una hora en Chacarita: puestos con comida, gente mutilada, basura alrededor. A mi derecha, la estación de trenes y en frente, el cementerio.

Cruzo la avenida mientras el amanecer le da a la ciudad una contextura irreal. El olor a lavanda que sale de los puestos de flores impregna el aire. Miro el reloj: son las siete menos cuarto. Llego temprano.

Las oficinas del cementerio están ubicadas a un costado de la entrada principal. En realidad «las oficinas» son una pieza grande con un mostrador que abarca todo el ancho del lugar detrás del cual se ven unos escritorios desparramados. Llena de personas, de humo de cigarrillo, la pieza parece estar a punto de hundirse. Una gorda, vestida como una vedette, atiende al público.

«Vengo por la exhumación», digo. La gorda saca un número de un talonario rosa y dice: «Ya llamamos». Me apoyo en una pared y miro a través del ventanal la cúpula de las criptas. Cada vez que alguien entra en la oficina la puerta produce un chirrido que, con el correr del tiempo, se vuelve una tortura. Un hombre que habla con una mujer, me hace acordar a mi viejo cuando era joven. Así lo debe

haber visto mi mamá cuando se conocieron, en un baile para personas mayores. Mi vieja era joven. Había ido acompañando a una amiga. Mi viejo, en cambio, tenía treinta y tres años y pensaba seriamente en quedarse soltero. «Un putañero», eso decía mi abuelo y eso, en el fondo, había terminado por creer mi viejo de sí mismo.

A mi mamá la deslumbró la forma en que mi papá bailaba el tango. A mi papá le gusto la juventud de mi mamá. Bailaron durante toda la noche y cuando se despedían, mi papá le puso su número de teléfono en la mano, en un papelito. Mi mamá lo llamó a la semana. Estuvieron cuatro meses de novios y se casaron. Mi abuelo murió unas semanas antes. Mi viejo, que se llevaba mal con él, llevó a mi mamá a vivir a la casa grande que había sido, hasta entonces, de mi abuelo.

La gorda acaba de decir mi número. Parece como si una polea hubiera empezado a funcionar para que la vida tome sentido, rapidez, exactitud. Me pide el documento y se lo doy. «Vas a cremar», dice. «Sí», digo. Su mano, hinchada, con las uñas celestes, llena un formulario donde anota mi número de documento y otros signos que no entiendo. «La cremación sale quince pesos», dice. Asiento con la cabeza. «Te vas ahora para la sepultura —dice— y esperás que lleguen los muchachos a excavar, después volvés a la oficina para que te firmen la orden de cremación, de ahí te vas para el crematorio y retirás las cenizas». Trato de memorizar. A mi lado escucho el eco de lo que acaba de decirme la gorda, porque un empleado se puso a atender a otra persona y le repite lo mismo que estoy tratando de recordar. «Un momento», dice la gorda cuando le estoy dando la espalda. «Firmame acá». Su uña celeste señala un costado del papel. Firmo.

El sol brilla sin oportunidad. Un cartel indicador dice. «Usted está parado aquí». Hay un plano del lugar que se remata con la frase: «Oriéntese».

Me hago un recorrido mental para llegar rápido a la sepultura. Cruzo calles desiertas, sólo interrumpidas por empleados del lugar. Tengo la sensación de estar en una ciudad que ha sido abandonada hace mucho y los cuidadores, las personas que cavan en la tierra, parecen arqueólogos en una búsqueda insensata.

La diagonal por la que camino desemboca, junto con otras diagonales, en una plazoleta alrededor de la cual están las capillas donde los curas despiden a los muertos. Ahora tomo la calle que se abre a mi derecha: una inmensa llanura salpicada por cruces y, a lo lejos, la chimenea negra del crematorio. A un costado, como si fuera la estación del subterráneo, unas escaleras bajan hasta los subsuelos donde están los nichos, a los cuales, desde mi posición, puedo ver. El hombre que barre ahí abajo canta un tango. Primero me parece un tango conocido, pero después me doy cuenta de que no. A medida que avanzo dejo atrás al hombre y al tango y ya casi no los escucho. Escucho, sí, a los pájaros, que gritan acomodándose en los árboles.

Un cartel me dice que doble a la derecha. Más bancos de plaza, parcelas de tierra con cruces y, donde deberían estar los jardines de las tumbas, bocas oscuras producidas por la excavación.

Después de cinco años, el cementerio avisa que hay que sacar el cuerpo de la tierra y, o bien mandar los restos a un nicho, o bien cremar y llevárselo en una urna. Si uno no se hace cargo, ellos los creman y los tiran en un osario común. Cuando mi vieja murió yo la quise cremar, pero mi viejo se opuso: entonces entramos al supermercado de la muerte.

Me abro paso entre las tumbas por unos caminitos que parecen ráfagas de tierra. El nombre de mi mamá está tallado en una piedra blanca. Debajo hay un jardincito muy cuidado y una placa que dice: «Estás en el recuerdo de tus hermanas». Otra tiene mi nombre y el de mi viejo. Miro el reloj: son las nueve de la mañana de un día espléndido. Las cosas persisten en crecer. Un hombre, vestido con un overol azul, se acerca y dice mi nombre. «Sí, soy yo», le digo. «Firme acá», dice. Firmo. Guarda el formulario en un bolsillo que tiene en el pecho y empieza arrancar con la pala el pasto del jardincito. Lo saca en panes y lo acomoda al costado. Yo estoy atrás, a su derecha. De pronto se detiene y llama a otro tipo que viene con una carretilla. «Tomá, llevate este pasto que está bueno», dice. El otro, que es un poco más joven, agarra el pasto, lo pone sobre la carretilla y se va. El hombre del overol empieza a cavar. Le doy la espalda y miro hacia el muro que se alza bordeando el cementerio.

Escucho la respiración agitada, sus jadeos, como si detrás mío se estuviera desarrollando un acto sexual con la tierra. «Señor», dice. «¿Quiere el crucifico y las placas?». «No», digo. Vuelve a cavar. En un rato ya tiene la tumba hasta las rodillas. Entonces para, mira hacia abajo y me dice: «Todavía no está descompuesto». «Qué quiere decir», digo. «Tiene grasa —dice—, no lo van a aceptar en el crematorio». «No le entiendo», le digo. Mete la mano en el pozo donde ya casi está hundido su cuerpo y saca un hueso que parece estar cubierto por una crema de afeitar. «Hay que limpiar hueso por hueso o cerrar y esperar cinco años más, claro que tiene que pagar la mantención otra vez», dice. Y tira el hueso en el pozo.

«¿Cuánto quiere?», digo. «Eso lo pone usted», dice. Me quedo en silencio y pienso que, si no fuéramos nada, los huesos de mi vieja no persistirían en el cansancio de existir. «Veinte pesos», digo. «Está bien», dice. Saca una bolsa de residuos del bolsillo, la extiende y saca, de una cartuchera, unos cuchillos.

Empieza, entonces, a limpiar lo último que quedó de mi vieja.

La cárcel

La imagen de Remo Manfredini gatillándose a sí mismo varias veces estuvo en todos los televisores con los noticieros y los programas de la tarde. Esos programas de mierda con gente que opina sobre todo. El famoso Jockey Maldito, como lo había bautizado la prensa, había matado a tres personas de una mafia que permanecía escondida en el corazón del mundo del turf, hasta que sucedieron los hechos que le dieron notoriedad por encima de sus hazañas deportivas. Una de las cosas que se discutían era si Manfredini tenía trato privilegiado en el penal al que lo habían llevado. Otranto, un abogado famoso por tomar causas sensacionalistas, se ofreció a defenderlo sin cobrar un peso. Otranto era un hombre musculoso, de pelo negro y lacio que se escondía bajo una melena rubia artificial, que lograba tiñéndose en secreto en una peluquería donde solían ir muchos futbolistas famosos. Tenía un cuerpo musculoso porque solía hacer pesas muy temprano, a las cinco de la mañana, en el gimnasio del barrio privado donde vivía. Parecía un actor porno. Otranto apareció en los noticieros diciendo que Manfredini había sido víctima de la mafia organizada y que los asesinatos, si bien repudiables, porque no hay que quitarle la vida a nadie, remarcaba Otranto con sus anteojos negros, habían sido en defensa propia y esto él lo iba a demostrar en el juicio. Lo cierto es que apenas Manfredini entró en prisión lo metieron en un pabellón inmenso —Otranto remarcaba esto— donde estaba rodeado de personas con problemas mentales. Y era verdad. El pabellón era un lugar similar a esas tapas de los discos de Pink Floyd donde hay un montón de camas, pero sin ningún chanchito volador. Manfredini se quedaba horas sentado en su cama, como teniendo miedo de que alguien se la sacara al

levantarse. A su alrededor, el lugar parecía una zona liberada por el Bosco, el pintor que pintaba monstruos de todo tipo. Una noche se despertó de golpe y vio a un hombrecito rubio que lo miraba fijamente a unos metros de él. Se volvió a dormir. Se despertó, el hombrecito seguía mirándolo. Así varias veces hasta que amaneció. Cuando intentó buscarlo entre los que deambulaban por el pabellón nunca lo encontró. Un día Manfredini notó que a su lado estaba sentado —en su misma cama— un hombre alto, rubio y espigado. Le dijo que se llamaba el Alemán y le aconsejó que tomara las golosinas que le dieran ahí, para después poder pasar a otra celda con menos gente. Mirá a ese —le dijo el Alemán—, le dicen el Caníbal porque mató al padre, lo cocinó y se lo comió. El Caníbal era un pelirrojo gordo, culón. No parecía estar tranquilo nunca. Iba de un lado a otro del pabellón. Manfredini empezó a tomar la medicación que le pasaban y a las semanas lo pasaron a una celda donde, en principio, estaban sólo él y el Alemán. Uno en cada catre. Tenían una ventana mínima, más chiquita que un haiku, que daba a una calle donde a veces la municipalidad montaba una feria de alimentos económicos. Manfredini se ponía algunos días a escuchar las voces que subían de ese lugar donde la gente se movía a sus anchas. Un día, el Alemán le preguntó si sabía cuál era el origen del insomnio. Manfredini le dijo que, por lo general, él no dormía cuando tomaba merca. El Alemán le dijo que había gente que no dormía aunque no tomara merca. Le contó la historia del chacal dorado. Los primeros hombres, le dijo, cuando vivían en tribus, estaban siempre asustados cuando llegaba la noche porque tenían que hacer fuego y eso podía ser visto desde otros lugares. Te podían caer encima los animales depredadores grandes y los de las otras tribus. Estos tipos se dieron cuenta de que siempre estaban rodeados de perros inmensos, chacales dorados, que querían comer. Hubo un hombre, dijo el Alemán, que conjeturó que si le daban un resto de comida a los perros gigantes, estos no los iban a atacar. Y así fue. Se quedaron rodeándolos en círculo. Y no sólo eso, remarcaba el Alemán, sino que también si se acercaba alguien estos avisaban ladrando. Así que los hombres empezaron a poder dormir. Por eso, cuando la gente tiene insomnio a veces la curan diciéndole que

adopte un perro. Manfredini sonrió. Le pareció divertida la historia. Le preguntó al Alemán de dónde la había sacado. «De la biblioteca», le dijo. «Ahí hay de todo». Manfredini fue a la biblioteca y empezó a leer libros de todo tipo. Una tarde le contó al Alemán algo que él sabía pero no de los libros, sino de su experiencia, de la historia de la domesticación de los caballos, de cómo los caballos sirvieron para fundar imperios. El Alemán le dijo que era una buena historia y que estaría bueno que se la contara a los otros presos. Que él conocía al que coordinaba la biblioteca, que le podía hablar para que le permitiera contar su experiencia. Esa noche dos guardias metieron un catre más en la celda que compartían Manfredini y el Alemán. Al otro día, había un preso nuevo, le decían el Perro. Era notorio por qué, bastaba mirarle la cara huesuda, de galgo. Este nos va a avisar si vienen por nosotros, le dijo Manfredini al Alemán. El perro era un tipo callado, no se metía con nadie. Una noche, Manfredini tuvo un sueño erótico con Abril, su pareja que había quedado afuera, entre la gente libre. Lo raro es que sentía los gemidos de ella de manera intensa y, cuando se despertó, vio que el Alemán se estaba cogiendo al Perro en el catre. Se dio vuelta para el otro lado y le costó dormirse. No curaba el insomnio este perro. Un día, uno de los guardias le avisó que su abogado Otranto, estaba en la sala de visitas. A Manfredini el tipo le caía mal, pero le daba lo mismo en el fondo. Otranto le dijo que había un tipo, Rodolfo Palacios, un periodista que ya había hecho un libro sobre Robledo Puch, que lo quería entrevistar. Manfredini le dijo que él no era un asesino y que no quería hablar con nadie. Otranto le dijo que podía servir para su defensa, que estaba complicada, que hicieran un libro sobre él, quizá hasta una película. Que él podía organizar una conferencia de prensa en el penal y que el director de la cárcel estaba de acuerdo. Le contó que había un grupo de rock punk que se había puesto de nombre El Jockey Maldito y que una canción de ellos se había convertido en un hit. Manfredini le dijo que no sabía qué mierda era el punk y que en otros tiempos escuchaba tango. Cuando se despidieron se quedó pensando en la palabra *hit*. Qué sería eso. Al otro día fue a una reunión de alcohólicos anónimos que había en el penal. Un hombre al que le decían el Violinista —porque borracho se

había violado a la hija— contó cómo había caído en el alcohol y cómo soñaba a veces que nadaba en un inmenso mar de alcohol. Cuando le tocó el turno a Manfredini, este dijo que lo que más le gustaba en el mundo era correr carreras de caballo, pero que siempre eso le había dado un miedo tremendo. Por eso tomaba, para domesticar no al caballo sino al miedo. También les contó que le habían permitido empezar a dar charlas sobre su experiencia con los caballos. Todos aplaudieron. Manfredini sintió que esos aplausos eran nimios comparados con el griterío de la gente cuando él cruzaba el disco. Pero que acá se escuchaban más nítidos. Abril, la jocketa que había sido durante un largo tiempo pareja de Manfredini, estaba viendo la televisión cuando apareció Otranto anunciando que Manfredini era un preso modelo y que en breve iba a dar una conferencia de prensa. Mientras miraba la tele preparaba un bolso. Salió de su casa, se tomó un colectivo vacío y llegó al penal donde estaba el jockey. Ahí la sometieron a todos los controles para dejarla entrar. La desnudaron, le metieron un dedo en la concha y en el culo, le revisaron el bolso. Finalmente la dejaron pasar y la condujeron a un cuarto. Ella entró y le pareció un lugar horrible. Una cama. Una bombita pelada en el techo. Abrió el bolso, sacó un velador japonés, de los que andan a pilas. Lo puso en el piso. Sacó también un inmenso póster de Michael Jackson y lo pegó con cinta scotch en la pared. Sacó un peine y un espejo y se peinó. Se sentó a esperar. Sonó un timbre como de recreo escolar y se abrió la puerta. Entró Manfredini. Se sentó a un costado, tímido. Ella le contó lo que estaba haciendo Otranto, que le podían llegar a reducir la pena si colaboraba con él. Defensa propia. Esas cosas. El la miró un rato y le preguntó si seguía corriendo. «Sí», le dijo ella. Él le preguntó si seguía cogiendo. «Sí», le contestó ella. «¿Con un jockey?», le preguntó él. «No, con un hombre alto». Se quedaron en silencio. Ella se puso nerviosa, le dijo: «Mirá esto». Y se agachó y puso en funcionamiento el velador. Era uno de esos veladores que tienen los niños en sus cuartos. Que giran y hacen que las figuras de animales se vean en la pared. Eran caballitos corriendo. Manfredini se rio. «¿Te gusta?», le preguntó ella. «Sí», le dijo él. «¿Cómo estás?», le preguntó ella. Él hizo silencio un rato como buscando las

palabras. «Siento que acá en la cárcel está presa la persona que yo era y que hay otra persona que está aprendiendo a ser libre. Esa otra persona es libre», le dijo. Ella se acercó y lo acarició. Lo besó. Cuando empezaron a calentarse se sacaron la ropa, y Manfredini recordó cómo el Alemán se cogía al Perro y la agarró a Abril de esa manera y la penetró. Cogieron un rato largo, de manera intensa pero desapasionada. Cuando terminaron, él le dijo: «Dejame vestirte. Dejame vestirte para que después el hombre alto te desvista».

Grupo Planeta

¡Seguinos!

